



Un ensayo de historia medieval que cuestiona el papel decisivo del Islam en los orígenes de la cultura occidental.

SYLVAIN GOUGUENHEIM,
Aristóteles y el Islam.
Las raíces griegas de la Europa cristiana, traducción de Ana Escartín Arilla, Gredos, Madrid, 2009, 267 pp. ISBN 978-84-294-3618-1.

La Torre del Virrey
Revista de Estudios Culturales



A *ARISTÓTELES y el islam* documenta exhaustivamente la pervivencia de lo heleno en Europa, incluso tras la caída del Imperio romano, en un intento desesperado por acabar con esa “leyenda negra” que representa a la Europa medieval como un continente atrasado, y que el autor creía ya superada en medios historiográficos. Para Gouguenheim, los supuestos siglos oscuros de la Edad Media europea se vieron “animados por múltiples renacimientos intelectuales”, como el carolingio. Nada que objetar, si no fuera porque esta loable actitud desmitificadora se lleva a cabo intentando demostrar al mismo tiempo que la civilización arabo-islámica coetánea no era en realidad tan luminosa como algunos la pintan.

El proceso de revisión de la historia que restituye a la civilización árabe-islámica su parte de contribución en el Renacimiento europeo, que ha coincidido con un auge de la inmigración de países islámicos en Europa y con un protagonismo del islam en la escena internacional, es calificado de “falsedad” por Gouguenheim. A su juicio, este revisionismo se deriva de posicionamientos ideológicos más que de un auténtico análisis científico. El autor se autoimpone la ardua tarea del “recalibrado” científico de lo que

tilda de tendenciosas visiones unilaterales sobre la historia de la Europa medieval. Parece molestarle especialmente cualquier atisbo de planteamiento de la idea de una deuda de Europa con el mundo arabo-islámico, en tanto que transmisor del saber griego que podría haber contribuido al despertar cultural y científico durante la Edad Media y el Renacimiento, ya que “la tesis de la deuda conduce a establecer una jerarquía entre las civilizaciones medievales”.

El autor propugna una vuelta a la visión historiográfica clásica: la de las “raíces griegas y la identidad cristiana del mundo occidental”. Para ello, busca por todos los medios demostrar que cristianismo y lengua griega son indisociables. A su juicio, lo griego es parte indivisible y esencial de la cristiandad y se encontraba también en Bizancio en grandes dosis, llegando a afirmar cosas como que “el cristianismo logró integrar la cultura antigua en el marco bíblico del que había surgido”.

Considera que el filohelenismo de Europa es incuestionable, puesto que ésta “tuvo conocimiento de los textos griegos porque los buscó, no porque se los trajeran”. Entre las pruebas de que esto fue así, y no de ninguna otra manera, aduce las traducciones del griego al latín impulsadas en la abadía de Mont-Saint-Michel o figuras como la de Jacobo de Venecia, el “eslabón perdido en la historia del paso de la filosofía aristotélica del mundo griego al mundo latino”.

En consonancia con su visión está el resaltar el papel de los “cristianos de Oriente”, fundamentalmente de los siríacos, como traductores al árabe de los textos eruditos de la Antigüedad griega en los siglos VIII y IX. Papel que, aunque reconocido por los historiadores, lleva al autor a conclusiones un tanto maximalistas, como que “fueron los cristianos los que inventaron, de principio a fin, el vocabulario científico árabe”. De estas hipótesis, difícilmente constatables, se deriva también una alambicada terminología, con formulaciones inverosímiles como “ciencia greco-cristiana”. Rígidos posicionamientos de partida que le llevan a afirmaciones extremas, como que “del islam la civilización europea no adoptó nada” o que Europa —y sólo Europa— es la creadora de la ciencia moderna, que, a su juicio surgiría en el siglo XIII de la confluencia de lo cristiano y lo heleno.

En su faceta positiva, la de documentación de la importancia de lo griego en Europa, es una obra valiosa, pero no convence



en absoluto cuando emprende la tarea de desmitificar el aporte arabo-islámico. Que se hubiera traducido del griego al latín, incluso antes que desde el árabe, no invalida la trascendencia de las traducciones del árabe. Ya Francisco Márquez Villanueva ha demostrado en su magistral *El concepto cultural alfonsí*, al menos en lo que respecta a la Península Ibérica, el papel decisivo de esos movimientos de traducción.

En su denodado esfuerzo por demostrar que la helenización en el mundo arabo-islámico había sido “limitada”, incluso “fallida”, por la siempre difícil conjunción entre razón y fe, hay también visos de que se trata de uno de esos debates franco-franceses, de una reacción frontal a la gran difusión de la que han gozado los escritos de historiadores como Alain de Libera sobre estas mismas cuestiones, como queda especialmente de manifiesto en las páginas dedicadas a desmitificar la figura de Averroes.

Problemático es asimismo su afán por resaltar el enfrentamiento, el antagonismo, lo que le lleva a manejar constantemente categorías contrapuestas a islam, como Occidente, Europa o cristianidad. Se trata de abstractas entidades monolíticas cuya existencia en el pasado y en el presente es más bien cuestión de fe, y de ideología.

¿Tiene necesariamente que conllevar la pasión griega el rechazo a lo arabo-islámico? No se pueden tener dos amores a la vez y no estar loco, que decía Machín. A la postre, la medicina que Gouguenheim reparte a diestro y siniestro, para aquellos que supuestamente hacen ideología y no ciencia, bien se le podría haber administrado a él mismo antes de escribir algunos capítulos del libro. El resultado final de una obra que pretendía versar sobre la traducción de textos del saber griego, que asume implícita y explícitamente la tesis de que “no basta con traducir para apropiarse de un pensamiento” —tampoco basta con leer—, es irregular, llegando en ocasiones a banalidades panfletarias como que el árabe es una lengua de poesía y religión, mientras que el griego lo es de ciencia y filosofía. Y todo ello trufado de los característicos recursos a la etimología de palabras árabes de este tipo de discursos.

Gonzalo Fernández Parrilla